

CAPÍTULO X

CIVILIZACIÓN DE EUROPA POR LOS ÁRABES.—SU INFLUENCIA EN ORIENTE Y OCCIDENTE

I

INFLUENCIA DE LOS ÁRABES EN ORIENTE

Diferentes pueblos han sometido al Oriente: tales son los Persas, los Griegos, los Romanos, etc.; pero si su influencia política siempre



Jarrón de bronce chino-árabe

fué grande, su eficacia civilizadora apenas modificó nada; pues exceptuando las ciudades que ocupaban, no llegaron á imponer su religión, ni su lengua y artes. Tanto bajo los Ptolomeos como bajo los Romanos, el inmutable Egipto continuó fiel á su pasado; siendo más bien los vencedores los que adoptaron la religión, lengua y arquitectura de los vencidos. Por eso

los monumentos construidos por los Ptolomeos y restaurados por los Romanos, conservaron siempre el estilo faraónico.

Lo que ni los Griegos, ni los Persas, ni los Romanos pudieron realizar en Oriente, los Arabes lo obtuvieron rápidamente y sin violencias; y á pesar de que Egipto parecía la región más difícil de someter á una influencia extranjera, con todo, poco menos de un siglo después de la invasión de Amrú, había ya olvidado sus seis ó siete mil años de civilización anterior y poseía una religión nueva, una nueva lengua y un arte también nuevo, todo con bastante solidez arraigado para sobrevivir al pueblo que logró hacerlo aceptar.

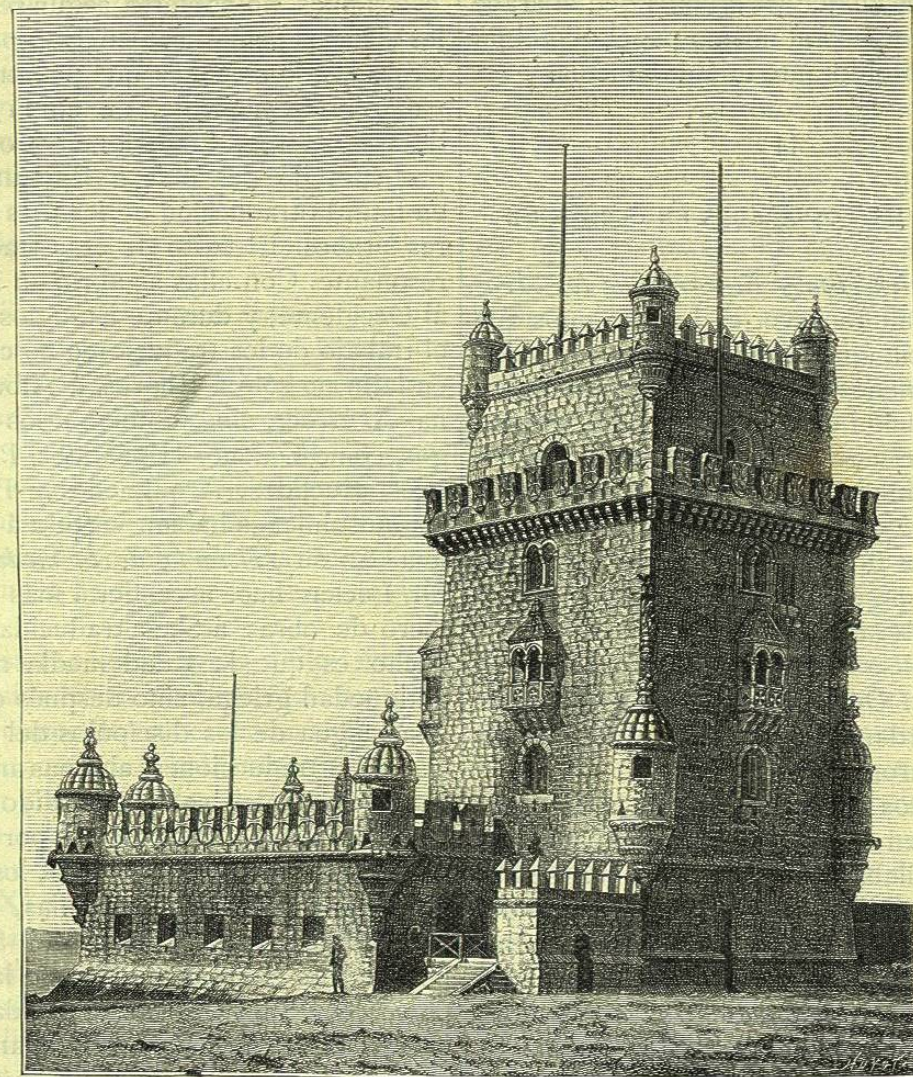
Antes de los Arabes, los Egipcios no habían cambiado de religión sino una vez: á saber, en aquella época en que los emperadores de Constantinopla habían saqueado el país, rompiendo ó mutilando todos los monumentos del pasado, y prohibiendo, so pena de la muerte, el culto de los antiguos dioses. Entonces los Egipcios recibieron á la fuerza la nueva religión, más bien que la abrazaron; y la prisa que después se dieron á adoptar el islamismo demuestra cuán poco había arraigado en ellos el cristianismo.

La profunda influencia que ejercieron los Arabes en Egipto, la ejercieron también en todos los países, como Africa, Siria, Persia, etc., donde plantaron su bandera; lo propio sucedió en la India, por la que no hicieron más que cruzar, y en la China, á pesar de que ésta sólo fué visitada por sus comerciantes.

La historia no presenta otro ejemplo tan sorprendente de la eficacia de un pueblo. Todas las naciones con las cuales los Arabes estuvieron en contacto, aunque sólo fuese contacto de un instante, aceptaron su civilización; y cuando el imperio árabe desapareció de la historia, los conquistadores que lo habían vencido, así Turcos, como Mogoles, etc., continuaron las tradi-

ciones del mismo, y se presentaron al mundo como continuadores de su influencia; de modo que hoy en día, aunque há muchos siglos que pereció la civilización de los Arabes, desde el Atlántico hasta el Indo, desde el Mediterráneo hasta el desierto, no hay más que una religión y una lengua, las de los discípulos del profeta.

Esta influencia de los Arabes en Oriente, no sólo se ha hecho sentir en la religión, la lengua y las artes, sino que se ha extendido á la cultura científica; y los Arabes, por estar en continuas relaciones con la India y la China, transmitieron á estas regiones gran caudal de conocimientos científicos, que los Europeos tomaron



Torre de Belem (Portugal); estilo hispano-árabe

después por conocimientos de origen chino, ó hindu. Sedillot ha insistido mucho sobre esto, y con toda justicia; demostrando que el árabe Albiruni, que murió en 1031 de nuestra era, y que viajó por las Indias, hizo para los Hindus unos extractos importantes de obras científicas, que éstos tradujeron en seguida, según su costumbre, en dísticos sanscritos. Sin embargo, no debe sacarse de estos datos consecuencias demasiado trascendentales; pues si es evidente la superioridad científica de los Arabes sobre los Hindus, no lo es menos la superioridad filo-

sófica y religiosa de los segundos sobre los primeros. Ni posibilidad hay de comparar las ramplonerías del Corán y su metafísica infantil, común, por otra parte, á todas las religiones semíticas, con aquellas concepciones de los Hindus, de las que he tenido ocasión de indicar en otra obra la asombrosa profundidad.

Lo que los Chinos tomaron de los Arabes parece más importante que lo que les tomaron los Hindus; pues ya hemos demostrado en otro capítulo que la ciencia árabe penetró en China, tras la invasión mogola; y que el célebre astró-

nomo chino Cocheu-King recibió en 1280 el tratado de astronomía de Ibn Junis, y lo dió á conocer en China. En cuanto á la medicina árabe, la introdujo en 1215 la invasión de Kublai.

La influencia científica de los Arabes sobre los Orientales ha continuado hasta nuestros días, y todavía los Persas estudian en sus libros las ciencias, puesto que ya dijimos que el árabe en Persia desempeña el mismo papel que el latín en Occidente durante la Edad media.

II

INFLUENCIA DE LOS ÁRABES EN OCCIDENTE

Influencia científica y literaria de los Arabes.—Vamos ahora á ver si demostramos que la trascendencia que éstos tuvieron en Occidente no fué menos considerable, debiéndose á ellos la civilización de Europa. Pero es preciso advertir que se verificó de diferente modo. En los países orientales se dió sobre todo á conocer en la religión, la lengua y las artes; y en los occidentales fué nula en religión; escasa en las artes y la lengua, é inmensa en la enseñanza científica, literaria y moral (1).

La importancia del papel desempeñado por los Arabes en Occidente no puede comprenderse sin recordar el estado de Europa cuando ellos la civilizaron.

Si nos fijamos en los siglos ix y x de nuestra era, época en que la civilización musulmana de España brillaba con la más viva luz, se observa que los únicos centros intelectuales del resto de Occidente eran las macizas murallas feudales que habitaban unos señores medio salvajes, que se enorgullecían de no saber leer. Los personajes más instruidos de la cristiandad eran unos pobres frailes ignorantes, que pasaban el tiempo raspando piadosamente, en el fondo de los monasterios, las copias de las obras maestras de la antigüedad, con objeto de adquirir el pergamino necesario para transcribir libros de meditaciones cristianas.

La barbarie de Europa fué mucho tiempo

(1) Nos parece que el autor se equivoca creyendo que fué escasa la influencia del árabe en las lenguas neo-latinas. En la francesa y la italiana trascendió mucho por obra del provenzal, cuyo carácter y progresos literarios se debieron particularmente á la influencia de los prosistas y poetas árabes; y en el castellano por medio del árabe de los Estados hispano-árabes y por medio del provenzal: entiéndase bien que decimos esto refiriéndonos, no á las palabras que introdujeron en dichas lenguas, que eso es baladí y lo que probablemente entiende señalar Mr. Le Bon: nosotros aludimos al impulso que dió á la formación y desarrollo orgánicos de dichas lenguas. (N. del T.)

demasiado grande para que los Europeos echen de ver su estado; y tan sólo en el siglo xi y particularmente en el xii aparecieron algunas tendencias científicas. Cuando algunas inteligencias, algo perspicaces, reconocieron la necesidad de sacudir aquella ignorancia, pidieron auxilio á los Arabes, que entonces eran los únicos maestros.

Así pues, no es cierto, según se ha dicho, que las ciencias penetrasen en Europa merced á las Cruzadas; lo cierto es que penetraron por España, Italia y Sicilia. Ya en 1130 un colegio de traductores, fundado en Toledo, bajo el protectorado del obispo Raimundo, comenzó en latín la traducción de los más célebres autores árabes. El éxito de esas traducciones fué resonante. Con ellas se abrió un mundo nuevo al Occidente; y durante los siglos xii, xiii y xiv el trabajo de los traductores no cesó, poniendo en latín no sólo á Rhazes, á Albucasis, Avicena, Averroes, sino también á los autores griegos, como Galeno, Hipócrates, Platón, Aristóteles, Euclides, Arquímedes y Ptolemeo, que los musulmanes habían vertido á su propia lengua. En su *Historia de la medicina árabe* el Dr. Leclerc hace ascender á más de 300 el número de obras árabes traducidas al latín. El hecho es que la Edad media no conoció la antigüedad griega, sino después que ésta pasó á la lengua de los discípulos del profeta. Gracias á las traducciones, algunas antiguas obras, cuyos originales se han perdido, han podido llegar hasta nosotros, como por ejemplo, las secciones cónicas de Apolonio, los comentarios de Galeno sobre las epidemias, el tratado de las piedras por Aristóteles, etc. Sí; á los Arabes se debe el conocimiento de la antigüedad; no se debe á los frailes de la Edad media, los cuales hasta el griego ignoraban; y por eso debemos á aquellos una gratitud eterna por habernos salvado tan precioso tesoro. «Borrada los Arabes de la historia, dice Libri, y el renacimiento de las letras tardará aún muchos siglos en Europa.»

Por consiguiente la presencia de los Arabes en España en el siglo x, fué causa de que un rincón de Occidente conservase el culto de las letras y de las ciencias abandonado en todas partes, hasta en Constantinopla. No había entonces, fuera del Oriente musulmán, más que la tierra árabe de España donde el estudio fuese posible; y en efecto, allí iban á estudiar los pocos curiosos que se afanaban por las cuestiones científicas. Allí fué á estudiar, según una

tradicción, que aunque discutida, no se ha podido demostrar inexacta, Gerbert, que fué papa en 999, con el nombre de Silvestre II; el cual vió frustrados sus intentos cuando después quiso extender la ciencia por Europa; pues sus conocimientos parecieron tan asombrosos, que le acusaron de haber vendido su alma al diablo. Hasta el siglo xv no cabe citar ningún autor que haya hecho más que copiar á los Arabes. Rogerio Bacón, Leonardo de Pisa, Arnaldo de Vilanova, Raimundo Lulio, Santo Tomás de Aquino, Alberto el Grande, Alfonso X de Castilla no fueron más que sus discípulos ó sus copistas. «Alberto el Grande lo debe todo á Avicena, dice Mr. Renán, y Santo Tomás, en calidad de filósofo, es tan sólo un hijo de Averroes.»

La traducción de los libros árabes, y sobre todo de los relativos á ciencias, sirvió casi de base exclusiva en la enseñanza de las universidades de Europa, por espacio de cuatro á cinco siglos; y en ciertos ramos de la ciencia, como por ejemplo la medicina, cabe decir que la influencia árabe ha durado hasta nuestros días, pues á fines del siglo pasado todavía se comentaban en Mompeller las obras de Avicena.

Tan inmensa fué la influencia de los Arabes en las universidades de Europa, que hasta se manifestó en ramos de ciencia como la filosofía, á pesar de que aquellos la habían hecho adelantar muy poco; y así Averroes fué desde principios del siglo xiii la autoridad suprema de la filosofía en nuestras universidades. Por eso cuando Luis XI se propuso en 1473 reglamentar la enseñanza, ordenó el estudio de las doctrinas del filósofo árabe y de las de Aristóteles.

La autoridad de los Arabes en las universidades de Italia, y particularmente en la de Padua, no era menor que en Francia; ocupando en ellas el mismo lugar que ocuparon en el Renacimiento los Griegos y Latinos; y es necesario leer las protestas de indignación que hizo el Petrarca para comprender hasta qué extremo llegaba. «¡Cómo! exclamaba el gran poeta. Cicerón pudo ser orador después de Demóstenes; Virgilio pudo ser poeta después de Homero; y ahora, después de los Arabes, no deberíamos atrevernos á escribir. ¡Decís que quizá habremos sobrepujado á veces á los Griegos, y por consiguiente á todas las naciones; pero que no hemos sobrepujado á los Arabes! ¡Oh, locura! ¡oh, vértigo! ¡oh, genio de Italia, adormecido, si no extinguido!»

En todas las doctrinas científicas y filosóficas que los Arabes propagaron durante más de cinco siglos por el mundo, la influencia del Corán fué tan nula como la de la Biblia en las obras de ciencia moderna. Formaba el Corán un conjunto de doctrinas que los sabios casi respetaban como origen del poder de los Arabes, y por estar bien adaptado á las necesidades de la multitud, tan poco preparada entonces como ahora para aprovechar las lecciones de la ciencia y de la filosofía. Pero los sabios no se preocupaban nada de las divergencias existentes entre los resultados de sus descubrimientos y las doctrinas del libro sagrado. Cuando iban demasiado lejos, es decir, cuando sus opiniones llegaban hasta las masas, los califas, sus protectores habituales, se veían obligados á desterrarlos una temporada, á fin de respetar los sentimientos populares, y no resentirse de las consecuencias del contraste; pero como la tempestad pasaba rápidamente, volvían luego á llamarlos; y según lo nota con mucha justicia Mr. Renán, tan sólo en el siglo xiii, cuando los Arabes desaparecieron de la escena del mundo, y su poder cayó en manos tan torpes y brutales como las de los Turcos, Berberiscos, etc., comenzó á introducirse la intolerancia entre los musulmanes. En efecto, frecuentemente no son las doctrinas las intolerantes, sino los hombres; y la raza árabe tenía demasiada perspicacia para separarse nunca de aquella tolerancia que en todas partes demostró desde el principio de sus conquistas.

Durante todo el transcurso del período brillante que tuvo la civilización árabe, cabe decir que la tolerancia religiosa fué absoluta; de lo cual hemos alegado bastantes pruebas para que haya necesidad de demostrarlo; por cuyo motivo nos limitaremos á trasladar la relación traducida por Mr. Dozy de un teólogo árabe que asistió en Bagdad á varias conferencias filosóficas, en que tomaban parte personas de todas las creencias, como judíos, ateos, güebros, musulmanes, cristianos, etc.; á cada uno de los cuales se escuchaba con la mayor deferencia, con tal que no alegasen más que argumentos sugeridos por la razón, absteniéndose de los correspondientes á libros religiosos. Después de más de mil años de guerras espantosas, de odios seculares y de carnicerías desapiadadas, los Europeos no han podido aún elevarse á una tolerancia tan perfecta.

Si la influencia de los Arabes fué considerable en aquellas partes de Europa donde no po-